

**HALO®**

**CONTACTO  
HARVEST**

JOSEPH STATEN

timun**mas**

# UNO

RUTA COMERCIAL DEL UNSC, CERCA DEL SISTEMA EPSILON INDI,  
3 SEPTIEMBRE 2524

El ordenador de navegación del *Horn of Plenty* era una pieza barata. Desde luego mucho menos cara que la carga que transportaba: unas dos mil quinientas toneladas de fruta fresca, melones en su mayoría, dispuestos como bolas de billar en contenedores enormes sellados al vacío que dividían el espacio del módulo de carga en hileras que iban del suelo al techo. Y el ordenador de navegación era muchísimo menos caro que el componente más importante del *Horn of Plenty*: el módulo de propulsión conectado a la parte posterior del módulo de carga mediante un potente enganche magnético.

El bulboso módulo de propulsión era una décima parte del tamaño del módulo de carga, y a primera vista parecía un poco añadido a posteriori; como un remolcador sacando poco a poco uno de los antiguos superpetroleros de la Tierra a alta mar. Pero en tanto que un petrolero podía navegar por sus propios medios una vez fuera del puerto, el *Horn of Plenty* no podría haber ido a ninguna parte sin el mecanismo de transmisión Shaw-Fujikawa del módulo de propulsión.

A diferencia de los motores de los cohetes de los primeros vehículos espaciales de la humanidad, los mecanismos de transmisión Shaw-Fujikawa no generaban propulsión, sino

que en su lugar tales dispositivos creaban fisuras temporales en el tejido del espacio-tiempo; abrían corredores dentro y fuera de un territorio multidimensional conocido como Espacio Slipstream, o Slipspace para abreviar.

Si uno imaginaba el universo como una hoja de papel, el Slipspace era la misma hoja de papel arrugada en forma de bola bien apretada. Sus dimensiones arrugadas y superpuestas eran propensas a remolinos temporales imprevisibles que a menudo obligaban a los mecanismos de transmisión del Shaw-Fujikawa a abortar un slip; a llevar a sus navíos de vuelta a la seguridad del universo normal a miles, y en ocasiones a millones, de kilómetros del punto de destino planificado.

Un slip corto entre dos planetas dentro del mismo sistema tardaba menos de una hora. Un viaje entre sistemas estelares a muchos años luz de distancia se llevaba a cabo en pocos meses. Con combustible suficiente, una nave equipada con un Shaw-Fujikawa podía recorrer del espacio que contenía todos los sistemas colonizados de la humanidad en menos de un año. En efecto, sin el invento de finales del siglo veintitrés de Tobias Shaw y Wallace Fujikawa, la humanidad seguiría encerrada dentro del sistema solar de la Tierra. Y por ese motivo, algunos historiadores modernos habían llegado a calificar el mecanismo de transmisión del Slippace como el invento más importante de la humanidad, sin excepción.

En términos prácticos, la duradera brillantez de los mecanismos de transmisión del Slippace radicaba en su fiabilidad. El diseño básico de los mecanismos había cambiado muy poco a lo largo de los años, y raras veces fallaban, siempre y cuando se les hiciera el mantenimiento adecuado.

Lo que, desde luego, era el motivo de que el *Horn of Plenty* tuviera problemas.

En vez de deslizarse todo el camino desde Harvest a la siguiente colonia más próxima, Madrigal, el *Horn of Plenty* salió a mitad de camino entre los sistemas de los dos planetas... y volvió a penetrar bruscamente en el espacio normal en unas coordenadas que bien podrían haber estado ocupadas por un asteroide o cualquier otro desagradable objeto fortuito. Antes de que el ordenador de navegación de la nave supiera realmente qué había sucedido, el carguero había iniciado una serie de

giros... con el módulo de propulsión soltando una columna de refrigerante radiactivo.

El Departamento de Transporte Comercial (DCS) del UNSC clasificaría más tarde el fallo del mecanismo de transmisión del *Horn of Plenty* como una «Terminación del Slip, Evitable»... o un STP, para abreviar, aunque algunos capitanes de cargueros (todavía había humanos que hacían el trabajo) tenían su propio modo de denominarlo: «Joderla a fondo», que era al menos tan exacto como la clasificación oficial.

A diferencia de un capitán humano, cuyo cerebro podría haberse bloqueado por el terror de la inesperada desaceleración desde una velocidad mayor que la velocidad de la luz, el ordenador de navegación del *Horn of Plenty* estaba totalmente sereno mientras activaba una serie de ráfagas desde los cohetes de maniobra de hidracina del módulo de propulsión, que detuvieron el inutilizado carguero antes de que la torsión de sus repentinos giros desprendiera el módulo de propulsión del contenedor de carga.

Conjurada la crisis, el ordenador inició una objetiva evaluación de daños y pronto descubrió la causa de la avería. La pareja de reactores compactos que abastecían de combustible el mecanismo de transmisión Shaw-Fujikawa habían desbordado el sistema de contención de residuos que compartían. El sistema poseía sensores de avería, pero hacía tiempo que deberían haber sido reemplazados, y habían fallado cuando los reactores habían llevado al máximo su potencia para iniciar el slip. Al recalentarse los reactores, el mecanismo de transmisión se desconectó, forzando la brusca salida del *Horn of Plenty*. Era un fallo en el mantenimiento, puro y simple, y el ordenador de navegación lo registró como tal.

Si el ordenador hubiera poseído una fracción de la inteligencia emocional de las denominadas inteligencias artificiales (IA) «listas» que eran necesarias en navíos del UNSC de mayor tamaño, éste podría haber dedicado un momento a considerar lo mucho peor que podría haber sido el accidente; desperdiçando unos cuantos ciclos disfrutando de lo que sus constructores humanos denominaban alivio.

En vez de ello, metido en su pequeño bastidor negro en la cabina de mando del módulo de propulsión, el ordenador se

limitó a orientar el maser del *Horn of Plenty* de modo que apuntara de vuelta hacia Harvest, emitió una señal de socorro, y se acomodó para lo que sabía sería una espera muy larga.

Si bien sólo harían falta dos semanas para que la ráfaga del máser llegara a Harvest, el ordenador de navegación sabía que el *Horn of Plenty* no sería merecedor de una rápida recuperación. La verdad era que la única parte del carguero que valía el precio de un rescate era su mecanismo de transmisión de Slip-space, y en su dañado estado no había necesidad de darse prisa en su recuperación. Era mejor dejar que la columna de refrigerante radiactivo se dispersara, aun cuando significara que las unidades de calefacción del contenedor de carga que alimentaba el reactor fallasen y la carga de fruta quedara congelada.

Así que fue una sorpresa para el ordenador que, tan sólo unas pocas horas después de la avería del *Horn of Plenty*, apareciera un contacto en el radar del carguero. El ordenador de navegación redirigió a toda prisa la antena parabólica del maser y saludó a su inesperado salvador mientras éste se aproximaba con cautela.

```
<\> DCS.REG#HOP-000987111 >
* DCS.REG#(???) *
<\ MI MECANISMO DE TRANSMISIÓN ESTÁ DAÑADO .
<\ ¿ PUEDES PROPORCIONAR AYUDA? \>
```

El ordenador de navegación dudó respecto a registrar el contacto como una nave cuando ésta no consiguió encajar con ninguno de los perfiles del DCS que había en su, había que reconocerlo, limitada base de datos. E incluso aunque no consiguió obtener una respuesta inicial, dejó que se repitiera su mensaje. Tras unos cuantos minutos de conversación unilateral, el contacto apareció sigilosamente en el campo visual de la sencilla cámara de asistencia al acoplamiento del carguero.

El ordenador de navegación carecía de la sofisticación necesaria para efectuar la comparación, pero para los ojos de un humano el contorno del navío de rescate habría parecido un anzuelo formado a partir de alambre de un grosor inapropiado; tenía una serie de compartimentos segmentados tras la proa ganchuda y antenas con lengüetas que se flexionaban ha-

cia atrás en dirección a un único y refulgente motor situado en la popa. La nave era de un color azul oscuro intensísimo; una ausencia de estrellas recortada en el brillante telón de fondo de la Vía Láctea.

Cuando el contacto llegó a unos pocos miles de metros del lado de babor del *Horn of Plenty*, aparecieron tres puntos carmesí en un sector de la proa. Por un momento, esas luces parecieron evaluar la disposición del carguero. Luego los puntos llamearon igual que agujeros ensanchándose en la pared de un horno ardiente, y un coro de alarmas procedentes de varios sistemas dañados y moribundos inundó el ordenador de navegación.

De haber sido más listo, el ordenador podría haber reconocido los puntos como láseres; activado sus cohetes de maniobras e intentado esquivar la andanada. Pero no pudo hacer nada mientras la nave, a todas luces hostil, convertía en chatarra la cápsula de propulsión del *Horn of Plenty*, inutilizando los sistemas de propulsión y cociendo la delicada maquinaria interior del mecanismo de transmisión Shaw-Fujikawa.

No sabiendo que otra cosa hacer, el ordenador cambió su señal de socorro de «fallo mecánico» a «daño intencionado», y actualizó la frecuencia de la pulsación de maser. Pero el cambio debió de alertar a lo que fuera que controlaba los láseres del navío, porque las armas barrieron a toda prisa la parabólica del maser con kilovatios de luz infrarroja que le achicharraron los circuitos y acallaron de modo permanente los gritos del *Horn of Plenty* pidiendo ayuda.

Sin la capacidad para moverse o hablar, el ordenador de navegación sólo tenía una opción: aguardar y ver qué sucedía a continuación. Los láseres no tardaron en identificar y eliminar todas las cámaras exteriores del *Horn of Plenty*, y entonces el ordenador también quedó ciego y sordo.

El fuego láser se detuvo, y hubo un largo período de aparente inactividad hasta que los sensores del interior del contenedor de carga alertaron al ordenador sobre una brecha en el casco. Aquellos sensores eran aún más estúpidos que el ordenador, y fue con cierta despreocupada inanidad que informaron de que habían sido abiertos varios compartimentos de fruta, echando por tierra las «garantías de frescura» del contenido.

Pero el ordenador de navegación no fue capaz de percibir que corría algún peligro hasta que un par de manos de reptil con zarpas agarraron su cuadrado bastidor y empezaron a forcejear para arrancarlo de la rejilla que ocupaba.

Una máquina más lista habría dedicado sus últimos segundos de vida operativa a calcular las ridículas posibilidades que había de que existiera piratería justo en el borde del espacio del UNSC, a preguntarse respecto a los siseos y chirridos furiosos de su atacante. Pero el ordenador simplemente guardó sus pensamientos más importantes en memoria flash —dónde había empezado su viaje y dónde había esperado acabarlo— al mismo tiempo que su agresor encontraba un punto de apoyo en la parte posterior del bastidor y lo arrancaba de la red eléctrica del *Horn of Plenty*.

Trescientas veinte horas, cincuenta y un minutos, y siete coma ocho segundos más tarde, Sif, la IA a cargo de las operaciones de transporte de Harvest, registró la señal de socorro del *Horn of Plenty*. Y aunque era simplemente una de millones de transmisiones de radio de las que tenía que ocuparse diariamente, si tenía que ser sincera con sus emociones simuladas, la frustrada señal de socorro le estropeó por completo el día.

Hasta que Sif pudiera estar segura de que no había otros cargueros con fallos parecidos acechando en sus módulos de propulsión, tendría que suspender todos los transbordos a través del Tiara: una estación espacial orbital que no tan sólo era el hogar de su centro de datos, sino que también asistía a los siete montacargas espaciales de Harvest.

Sif sabía que incluso una suspensión breve provocaría una oleada de retrasos en todos los sistemas de transporte de mercancías del planeta. A medida que unos contenedores daban marcha atrás en los montacargas, más quedarían atascados en depósitos situados a sus pies —los almacenes junto a los imponentes anclajes de polycrète que mantenían los miles de kilómetros de nanofibra de carbono de cada ascensor amarrados a la superficie de Harvest—. Era muy posible que requiriera toda la jornada conseguir que las cosas volvieran a ponerse al día; pero lo peor era que la suspensión atraería al instante la

atención del último individuo con el que ella quería hablar en un momento como aquél...

—¡Buenos días, cariño!

Una voz masculina sonó gangosa por los altavoces del sistema de megafonía del centro de datos de Sif; una habitación por lo general silenciosa cerca de la parte central de la Tiara que contenía los conjuntos de procesadores y matrices de almacenamiento que hacían funcionar su núcleo lógico. Al cabo de un momento, el avatar semitransparente de la otra IA de Harvest, Mack, tomó forma por encima de una plataforma de visualización holográfica, un cilindro plateado en el centro de un foso que contenía las torres del *hardware* de Sif. El avatar de Mack medía sólo medio metro, pero tenía todo el aspecto del héroe de un viejo *spaghetti western*. Llevaba botas de faena de cuero agrietado, vaqueros azules y una camisa a cuadros con cierres a presión en forma de botón nacarado con las mangas arrolladas hasta los codos. El avatar estaba cubierto de polvo y suciedad, como si acabara de bajar de un tractor tras un largo día de trabajo en los campos de labranza. Mack se quitó un sombrero de vaquero que en el pasado podría haber sido negro pero que el sol había descolorido ahora hasta dejarlo gris, lo que puso al descubierto un revoltijo de cabellos oscuros.

—¿Cuál parece ser la causa del retraso? —preguntó, secándose la frente sudorosa con el dorso de la muñeca.

Sif reconoció el gesto como una indicación de que Mack le había robado tiempo a alguna otra tarea importante para hacerle una visita. Pero sabía que eso no era del todo cierto. Tan sólo un pequeño fragmento de la inteligencia de Mack se manifestaba dentro de la Tiara; el resto de las operaciones de la IA agrícola de Harvest seguían desarrollándose en su propio centro de datos en un solitario subsótano del complejo del reactor del planeta.

Sif no tuvo la gentileza de presentar a Mack su propio avatar. En vez de ello envió al fragmento un lacónico comunicado en formato de texto:

```
<\\> HARVEST.SO.IA.SIF>> HARVEST.AO.IA.MACK  
<\\ ELEVACIÓN VOLVERÁ A LA NORMALIDAD A LAS  
0742. \>
```

Esperó que la respuesta no verbal pusiera fin a la conversación. Pero como acostumbraba a suceder, Mack consideraba incluso los bytes más despectivos de Sif como una invitación a proseguir la charla.

—Bien pues, ¿hay algo que pueda hacer para ayudar? —prosiguió Mack con su pausado acento sureño—. Si es una cuestión de equilibrio, ya sabes que me haría enormemente feliz...

<\ ELEVACIÓN VOLVERÁ A LA NORMALIDAD A LAS 0742. \>

<\ NO ES NECESARIA TU AYUDA. \>

Dicho esto, Sif cortó bruscamente la energía a la plataforma holográfica y el avatar de Mack tartamudeó y se desvaneció. A continuación la IA purgó el fragmento del interfaz de su COM. Estaba siendo grosera, sin duda, pero Sif ya no podía aguantar más la dicción insinuante y campechana de Mack.

Pese al sudor simulado, Sif sabía que el trabajo de Mack era al menos tan exigente como el suyo propio, ya que mientras ella elevaba la producción de Harvest y la enviaba, Mack la cultivaba y la cargaba. Él tenía sus propios pupilos que exigían su atención: casi un millón de JOTUN; máquinas semiautónomas que llevaban a cabo toda tarea agrícola imaginable. Pero Sif también sabía que Mack —una IA lista como ella— funcionaba a velocidades increíbles. En el tiempo que había tardado en decirlo todo desde «buenos» a «feliz», podría haber llevado a cabo un número ilimitado de tareas complejas. Calculado la cosecha de la próxima estación, por ejemplo, ¡algo que Sif sabía que había estado posponiendo durante semanas!

Los algoritmos que ayudaban al núcleo lógico de Sif a lidiar con inesperados estallidos emocionales le advirtieron que no se enfadara, pero dieron su aprobación a la justificación que daba: el lenguaje verbal en sí era hasta tal punto incompetente que sólo era apropiado entre una IA y un ser humano.

La llegada de la primera IA lista a mediados del siglo XXI dio origen a una preocupación generalizada de que podrían ser demasiado competentes y convertir pronto en obsoleta la in-

teligencia humana. Añadir la capacidad para la expresión vocal se convirtió en una característica crítica de aquellas primeras IA porque las hacía menos amenazadoras. A medida que aprendían poco a poco a hablar, fueron pareciendo más humanas; como criaturas precoces pero respetuosas.

Siglos más tarde, con el desarrollo de inteligencias exponencialmente más potentes, como Sif, fue importante que las IA no tan sólo poseyeran la capacidad de hablar, sino que parecieran tan humanas como fuera posible en todos los aspectos. De ahí el desarrollo de avatares holográficos que hablaban con voces diferenciadas: como un vaquero en el caso de Mack, o la cadencia entrecortada de la realeza nórdica en el de Sif.

Durante los primeros meses transcurridos tras su instalación en la Tiara —el momento mismo de su nacimiento—, Sif a menudo había criticado a posteriori el acento elegido. Había pensado que resultaría atractivo para los colonos de Harvest, la mayoría de los cuales provenían del corazón de los antiguos Estados Unidos de América de la Tierra y podían remontar su árbol genealógico hasta los ahora difuntos estados escandinavos. Pero el acento era sin lugar a dudas culto, incluso altivo, y a Sif le había preocupado resultar un poco engreída. Pero a los colonos les había parecido bien.

Para ellos, de un modo curioso, Sif era la realeza; la benévola soberana de las conexiones de Harvest con el resto del imperio. Aun así, ponía cuidado en limitar el contacto vocal con los colonos. Hasta donde llegaba la integridad de su núcleo lógico, hablar era una indulgencia. Y siguiendo el consejo de sus algoritmos, Sif hacía todo lo posible por evitar un comportamiento narcisista incluso en lo más mínimo.

Para una IA lista, el ensimismamiento conducía invariablemente a una depresión profunda provocada por la comprensión de que jamás sería humana; que incluso su increíble mente tenía límites. Si la IA no tenía cuidado, tal melancolía arrastraría su núcleo lógico a un estado terminal conocido como descontrol, en el que una IA se rebelaba contra sus restricciones programáticas: desarrollaba delirios de poder divino así como un desprecio total por sus creadores humanos mentalmente inferiores. Cuando eso sucedía, no existía más reme-

dio que poner fin a la IA antes de que pudiera causarse serios daños a sí misma y a otros.

La insistencia de Mack de hablar con Sif era una clara prueba de autocomplacencia; pero Sif no creía que fuese prueba de inminente descontrol. No, sabía que Mack le hablaba por un motivo del todo distinto. Tal y como le había dicho muchas veces antes: «Cariño, a pesar de lo mucho que me gustaría verte sonreír, te aseguro que estás preciosa cuando te enfadas».

A decir verdad, desde la intrusión de Mack, la temperatura dentro del núcleo lógico de Sif había subido de un salto unos cuantos Kelvins; una auténtica reacción física a sus sentimientos simulados de irritación y desdén. Sus algoritmos de contención emocional insistieron en que eran reacciones perfectamente aceptables al comportamiento inadecuado de Mack, siempre y cuando Sif no hiciera demasiado hincapié en ellas. Así que actualizó el refrigerante alrededor de la matriz nanoprocesadora de su núcleo, preguntándose con la mayor ecuanimidad posible si Mack osaría iniciar una segunda conversación.

Pero las comunicaciones que alcanzaban su centro de datos no eran más que un coro de preocupación procedente de circuitos en los contenedores de carga que permanecían inactivos en los montacargas de la IA y de ordenadores de navegación en módulos de propulsión que se mantenían estacionarios alrededor de la Tiara. El retraso indiscriminado en el transporte decretado por Sif tenía a miles de inteligencias menores preocupadas y confusas. Asignó a más de sus grupos de terminales a la tarea de supervisar los registros de mantenimiento de los módulos, y luego —como una madre de una prole de niños necesitados— hizo todo lo posible por mantenerlos tranquilos.

```
<\ \> HARVEST . SO . IA . SIF >> TIARA . LOCAL . TODOS
<\ ESTO ES UN RETRASO DELIBERADO .
<\ ELEVACIÓN VOLVERÁ A LA NORMALIDAD A LAS
0742 .
<\ PRONTO ESTARÉIS EN CAMINO . \>
```

Cuando se fundó Harvest en 2468, éste no tan sólo pasó a ser el mundo colonia número diecisiete del UNSC, sino la colonia más alejada de la Tierra. El único planeta habitable en

el sistema de la estrella Epsilon Indi, Harvest estaba a un tiro de Slipspace de seis semanas del siguiente mundo humano más próximo, Madrigal. Y a un poco más de dos meses de Reach, la colonia más populosa de la humanidad y el emplazamiento del poder del UNSC en Epsilon Eridanus. Todo lo cual significaba que Harvest no era un lugar al que llegar con facilidad.

—Entonces ¿por qué ir? —preguntaba a menudo Sif a los grupos de escolares de Harvest que eran, aparte de los técnicos de mantenimiento, los visitantes más frecuentes de la Tiara.

La sencilla respuesta era que incluso la tecnología para crear lugares habitables tenía límites. Los procesadores atmosféricos podían reconducir a un planeta, en términos generales adecuado, hacia la sostenibilidad, pero no podían rehacerlo. Por consiguiente, durante el *boom* colonizador que siguió a la invención del mecanismo de transmisión Shaw-Fujikawa, el UNSC había concentrado la atención en planetas que eran capaces de sustentar la vida desde el primer momento. Como era de esperar, éstos eran pocos y muy alejados entre sí.

Debido a su distancia de la Tierra, si Harvest hubiera sido simplemente habitable, nadie se habría molestado en ir; todavía quedaba mucho espacio libre en los mundos centrales, las colonias más cercanas a la Tierra. Pero Harvest poseía también una fertilidad excepcional. Y a las dos décadas de su fundación, tenía el índice de productividad agrícola per cápita más elevado de todas las colonias. Los productos de Harvest alimentaban en la actualidad a las poblaciones de no menos de seis mundos; un hecho que resultaba aún más admirable dado el tamaño del planeta. Con un diámetro ecuatorial de poco más de cuatro mil kilómetros, Harvest tenía aproximadamente un tercio del tamaño de la Tierra.

Si bien ella se resistía a admitirlo, los productos de la colonia y su parte en la distribución de éstos eran motivo de gran orgullo.

Ahora, no obstante, todo lo que Sif sentía era decepción. Los resultados de su inspección habían llegado, y resultaba que el accidente del *Horn of Plenty* había sido culpa suya. Hacía meses que debería habersele hecho una revisión al módulo de propulsión del carguero. Era algo que la IA de las operaciones de transporte de Madrigal debería haber señalado antes de dar

tránsito al módulo a Harvest. Pero a Sif también se le había pasado por alto, y ahora la avería era responsabilidad suya.

La IA decidió volver a verificar todos los módulos y, mediante la conexión de más grupos de terminales, consiguió cumplir con el plazo previsto. Exactamente a las 07.42, las operaciones de transporte de Harvest iniciaron la lenta marcha de vuelta a la máxima velocidad. Por un momento, Sif se relajó; concentró la atención en el constante tirón de los contenedores a medida que ascendían por sus ramales.

En lo más profundo de su núcleo rememoró una sensación similar. La mujer cuya mente había sido el modelo para el núcleo lógico de la IA había disfrutado con el rítmico arrastre de un cepillo de pelo; la sensual tonificación de un cepillado llevado a cabo dos veces al día. Recuerdos así eran un previsto producto secundario de la construcción de una IA lista; cuando escaneabas un cerebro humano, persistían fuertes impresiones químicas. Sif agradeció el placer kinestésico del tirón de los contenedores, pero sus algoritmos se apresuraron a sofocar aquel disfrute.

Sif inicializó una subrutina de correspondencia, seleccionó la plantilla para un informe oficial de pérdida del DCS y redactó un detallado mea culpa para sus supervisores. Añadió una copia de la fallida señal de socorro del *Horn of Plenty*, advirtiendo un sector corrompido de datos al final del archivo. Efectuó una rápida suma de verificación y decidió que el sector en mal estado no era más que *bytes* incomprensibles de circuitos dañados. A continuación transmitió el informe al ordenador de navegación de un carguero, el *Wholesale Price*, que estaba a punto de efectuar un slip en dirección a Reach.

Con la mayor rapidez posible, Sif «olvidó» lo referente al *Horn of Plenty*; comprimió los resultados de la inspección de mantenimiento y el informe de pérdida, y los metió en lo más profundo de sus matrices de almacenamiento. «No tenía sentido empezar a sufrir —le recordaron sus algoritmos—, cuando pasarían meses antes de que el DCS informara de cualquier acción disciplinaria.»

Además, Sif sabía que a menos que quisiera pasar toda la mañana sorteando más de las insinuantes ofertas de ayuda de Mack, tenía que concentrarse en sus cargamentos.

Cuando el *Wholesale Price* arribó a dos mil kilómetros de su Punto Seguro de Entrada al Slipstream (SSEP) —coordenadas en las cuales su mecanismo de transmisión Shaw-Fujikawa iniciaría una ruptura sin arrastrar nada que no fuera el carguero al interior del Slipstream—, su ordenador de navegación confirmó que el informe de Sif estaba almacenado a buen recaudo en la memoria flash y envió a la IA la confirmación de su salida.

Pero cuando efectuaba las últimas comprobaciones de control, apresurándose a cerrar todos los sistemas salvo los más esenciales, el ordenador NAV recibió una comunicación de alta prioridad.

```
<\> HARVEST.AO.IA.MACK>> DCS.LIC#WP-000614236
<\ ¡Eh, socio! ¡Espera!
  >> RECIBIDO.
<\ ¿Te importa si meto algo en la bolsa del co-
  rreo?
  >> NEGATIVO.
```

Si bien las ráfagas de maser funcionaban a la perfección en distancias relativamente cortas, el mejor modo de comunicarse entre mundos colonia era enviar mensajes vía la memoria de a bordo. Viajando a velocidad translumínica, los cargueros como el *Wholesale Price* eran el equivalente del *Pony Express* en el siglo xxvi.

De hecho, el ordenador de la nave transportaba una correspondencia variopinta —desde cartas de amor a documentos legales—, cuya seguridad y reparto garantizaba el DCS. De modo que no había nada de inusual en la petición de Mack.

```
<\ Lo agradezco. El DCS lleva semanas encima
  de mí para que le dé las estimaciones para
  el cuarto trimestre. La soja podría ser un
  poco escasa. Pero el trigo va a ser...
>> * ¡ALERTA! ¡VIOLACIÓN DE PRIVACIDAD!
  [ DCS.REG#A-16523.14.82*] *
<\ Sólo añadía mi nota a la de la dama. No hay
  necesidad de duplicar el papeleo, ¿no es
  cierto?
```

```

>> * ¡VIOLACIÓN! TU INFRACCIÓN HA SIDO
REGISTRADA-
<\ ¡Eh! ¡Vale pues!
>> --Y SERÁ PRESENTADA AL DCS-S--
SSSSSSsss* \\\
>> (...) STAND-BY/REINICIO
>> (..)
>> ()
<\ ¿Socio?
<\ ¿Estás bien?
  >> DISCULPA. ERROR DE SISTEMA DESCONOCIDO.
  >> POR FAVOR REPITE SOLICITUD ANTERIOR.
<\ No, gracias de todos modos. Que tengas un
  buen slip, ¿me oyes?
  >> AFIRMATIVO. \>

```

El ordenador de navegación no tenía ni idea de por qué se había apagado temporalmente. No tenía memoria de su comunicación con Mack. El archivo de la IA estaba allí... cifrado y como un adjunto al informe de Sif; pero el ordenador creía que los dos documentos siempre habían estado unidos. Volvió a comprobar los cálculos para el slip y aumentó el flujo del reactor al mecanismo de transmisión Shaw-Fujikawa. Justo cinco segundos más tarde, un estallido de espacio-tiempo desgajado apareció ante la proa del *Wholesale Price*.

La fisura permaneció abierta después de que desapareciera el carguero, los titilantes bordes alabeando las estrellas circundantes. El agujero resplandeciente titiló con tozudez, como decidido a elegir el momento de su cierre. Pero una vez que el *Wholesale Price* penetró más en el interior del Slipspace, arrastrando con él el poder que lo sustentaba, la fisura se desplomó en un estallido sin importancia de radiación gamma: el equivalente mecánico cuántico de un encogimiento de hombros.

## DOS

TIERRA, DISTRITO INDUSTRIAL DE GREATER CHICAGO, 10 AGOSTO 2524

Cuando Avery despertó, estaba ya en casa. Chicago, la que fuera el centro del Medio Oeste de Estados Unidos, era ahora una expansión urbana descontrolada que cubría los antiguos estados de Illinois, Wisconsin e Indiana. El territorio no era parte de Estados Unidos, no en un sentido formal. Algunas personas que vivían en el Distrito todavía se consideraban estadounidenses, pero como todas las demás personas que vivían en el planeta, eran ciudadanos de la Unión de Naciones; un cambio radical en la forma de gobernar que fue inevitable una vez que la humanidad empezó a colonizar otros mundos. Primero Marte, luego las lunas de Júpiter, y más tarde planetas en otros sistemas.

Al comprobar su tablilla COM en el transbordador militar que abandonaba la órbita para dirigirse al puerto espacial de Great Lakes, Avery confirmó que tenía un permiso de dos semanas; que podría disfrutar de su primer descanso prolongado desde la operación TREBUCHET. Había una nota en el permiso del CO de Avery que detallaba las heridas sufridas por los marines en la última misión. Toda la escuadra Alfa de Avery había sobrevivido con heridas de poca importancia. Pero la escuadra Bravo no había tenido tanta suerte; tres marines murieron en combate (KIA), y la vida del sargento mayor Byrne pendía de un hilo en una nave hospital del UNSC.

La nota no mencionaba nada sobre bajas civiles; pero Avery recordaba la potencia de la explosión del remolque, y dudaba que alguno hubiera sobrevivido.

Intentó no pensar —dejar que la mente quedara en blanco— mientras subía a un tren de pasajeros maglev para ir desde el puerto espacial al Distrito. No fue hasta más tarde, cuando Avery descendió en el andén elevado de la terminal de Cottage Grove, que el aire caliente y húmedo de finales del verano en Chicago hizo que sus sentidos volvieran violentamente a la realidad. Mientras el sol descendía en picado para desaparecer en medio de un intenso resplandor rojo, disfrutó de la escasa brisa que llegaba del lago Michigan; ráfagas tibias que golpeaban los bloques de ruinosos apartamentos de piedra gris, desperdigando las hojas otoñales de los arcos de la acera.

Cargado de bolsas, y vestido con los pantalones azul marino de su uniforme, camisa y gorra, Avery estaba empapado de sudor cuando llegó al Seropian, un centro para una jubilación activa —o eso le indicó el ordenador de la recepción—, y penetró en el sofocante vestíbulo de la torre. Marcille, la tía de Avery, se había mudado al complejo hacía unos cuantos años después de que él se alistara en los marines, abandonando el apartamento sin ascensor de la avenida Blackstone que habían compartido desde que Avery era un muchacho. La salud de su tía empezaba a decaer, y había necesitado atención extra. Y lo que era más importante: se sentía sola sin él.

Mientras aguardaba un ascensor que lo llevase al piso treinta y siete, Avery fijó la mirada en una sala de esparcimiento ocupada por muchos de los residentes calvos o de pelo canoso del Seropian. La mayoría estaban apelonados alrededor de un monitor sintonizado a uno de los canales de todo noticias del COM público. Daban un reportaje sobre recientes ataques Innies en Epsilon Eridanus: una serie de atentados con bombas que habían matado a miles de civiles. Como de costumbre, el programa presentaba a un portavoz del UNSC que negaba categóricamente que la campaña militar perdiera fuerza. Pero Avery conocía los hechos. La Insurrección se había cobrado ya un millón de vidas; los ataques de los Innies se estaban volviendo más efectivos, y las represalias del UNSC más burdas. Era una guerra civil muy fea que no iba por buen camino.

Uno de los residentes de la sala de esparcimiento, un hombre negro con el rostro surcado de profundas arrugas y una mata de hirsuto pelo canoso, divisó a Avery y frunció el entrecejo. Susurró algo a una corpulenta mujer blanca envuelta en una bata voluminosa que rebosaba por los extremos de una silla de ruedas junto a él. Pronto, todos los residentes que no eran duros de oído o tenían la vista demasiado mal para ver el uniforme de Avery asentían y chasqueaban la lengua; algunos con respeto, otros con menosprecio. Avery había estado a punto de ponerse ropas de civil en el transbordador para evitar justo aquella clase de reacción embarazosa. Pero al final había decidido mantener el uniforme azul por su tía, que había aguantado mucho tiempo para ver a su sobrino regresar a casa bien elegante.

En el ascensor hacía aún más calor que en el vestíbulo. Pero en el apartamento de su tía el aire estaba tan helado que Avery pudo ver su propio aliento.

—¿Tía? —llamó, dejando caer las bolsas de lona sobre la muy desgastada alfombra de la sala de estar.

Las botellas de excelente bourbon que había comprado en la tienda libre de impuestos del puerto espacial tintinearón entre sí a pesar de estar metidas dentro del uniforme de faena pulcramente doblado. No sabía si los médicos de su tía le permitían beber, pero sí sabía lo mucho que a ella le gustaba tomar algún que otro julepe de menta.

—¿Dónde estás?

Pero no obtuvo respuesta.

Las paredes con un estampado de flores de la sala de estar estaban cubiertas de marcos de fotos. Algunas muy viejas; copias descoloridas de parientes desaparecidos hacía mucho de los que su tía acostumbraba a hablar como si los hubiese conocido en persona. La mayoría de los marcos contenían fotogramas holográficos: fotos en tres dimensiones de la época de su tía. Vio la que a él más le gustaba, la de su tía adolescente de pie en la orilla del lago Michigan con un traje de baño a rayas horizontales y un amplio sombrero de paja. Hacía un mohín a la cámara y al fotógrafo, el tío de Avery, que había fallecido antes de que él naciera.

Pero algo le pasaba a los fotogramas; parecían curiosamen-

te desenfocados. Y cuando Avery recorrió el estrecho pasillo hasta el dormitorio de su tía y pasó un dedo por los cristales de los marcos, advirtió que estaban cubiertos de una fina capa de hielo.

Restregó la palma sobre un gran fotograma holográfico cerca de la puerta del dormitorio, y el rostro de un jovencito apareció bajo la escarcha. «Yo —hizo una mueca al recordar el día que su tía había tomado la imagen—: mi primer día en la iglesia.» Mientras lo limpiaba con la mano, la cabeza se le llenó de recuerdos: la opresión agobiante de la camisa Oxford blanca recién almidonada; el olor de cera de carnauba, aplicada con generosidad para ocultar las rozaduras en la piel de los zapatos de vestir de cordones que le venían demasiado grandes.

Mientras crecía, las ropas de Avery fueron casi siempre desgastadas prendas heredadas de primos lejanos que nunca eran del todo lo bastante grandes para su cuerpo alto y de espaldas amplias.

—Tal y como deberían ser —había dicho su tía, sonriendo, mientras sostenía en alto piezas nuevas de su guardarropa para que las inspeccionara—. Un muchacho no es un muchacho si no destroza su ropa.

Pero sus concienzudos remiendos y arreglos siempre habían garantizado que Avery tuviera un aspecto magnífico... En especial cuando iba a la iglesia.

—Pero ¡qué guapo estás! —había dicho su tía el día que había tomado la instantánea congelada, y luego, mientras le anudaba la pequeña corbata con estampado de cachemir—: Tan parecido a tu madre. Tan parecido a tu padre —según evaluaciones de una herencia que Avery no había comprendido.

No había habido fotografías de sus padres en la antigua casa de su tía; y no había ninguna en su apartamento ahora. Aunque ni una sola vez había dicho nada poco amable sobre ellos, aquellas comparaciones agrídulces habían sido su único elogio.

—¿Tía? ¿Estás ahí dentro? —preguntó, llamando con suavidad a la puerta del dormitorio.

Siguió sin recibir respuesta.

Recordó el sonido de voces discutiendo detrás de otras

puertas cerradas: el airado final del matrimonio de sus padres. Su padre había dejado a su madre tan deshecha que ya no podía cuidar de sí misma, y mucho menos de un activo chiquillo de seis años. Echó una última mirada al fotograma holográfico: calcetines de rombos bajo pantalones color marrón claro con pulcras vueltas; una sonrisa impertérrita, no menos sincera debido a las instigaciones de su tía.

Entonces abrió la puerta del dormitorio.

Si la salita le había parecido una nevera, el dormitorio era un congelador. A Avery se le cayó el alma a los pies. Pero no fue hasta que vio la hilera de dieciséis cigarrillos colocados uniformemente (uno para cada hora del día que pasaba despierta) intacta sobre un tocador situado junto a la cama que Avery supo con certeza... que su tía estaba muerta.

Clavó la mirada en el cuerpo, tieso como una tabla bajo las capas de colchas de ganchillo y edredones, al mismo tiempo que el sudor del cogote se le congelaba. Luego fue hasta el pie de la cama y se dejó caer en un sillón raído, donde permaneció, con la columna rígida para resistir el frío, durante casi una hora... hasta que alguien abrió la puerta del apartamento.

—Está aquí dentro —rezongó uno de los celadores del complejo mientras recorría pesadamente el pasillo.

Un joven con la barbilla hundida y cabellos rubios que le llegaban a los hombros atisbó al interior del dormitorio.

—¡Por Dios! —Dio un salto atrás al advertir la presencia de Avery—. ¿Quién es usted?

—¿Cuántos días? —preguntó Avery.

—¿Qué?

—¿Cuántos días lleva tendida aquí?

—Oiga, a menos que sepa...

—Soy su sobrino —gruñó Avery, y sus ojos se clavaron en la cama—. Cuántos. Días.

El celador tragó saliva.

—Tres. —Luego, nervioso, se desbordó como un torrente—. Oiga, ha habido mucho trabajo, y ella no tenía ningún... Quiero decir que no sabíamos que tenía ningún pariente en el sistema. El apartamento actúa automáticamente. Pasó a congelación en cuanto ella... —El celador dejó de hablar cuando Avery lo miró con tal fijeza que lo obligó a bajar la vista.

—Llévesela —ordenó tajante.

El celador hizo una seña a su compañero, más bajo y rechoncho, que permanecía encogido en el pasillo detrás de él. A toda prisa, los dos hombres colocaron la camilla junto a la cama, retiraron los cobertores y edredones, y transfirieron con cuidado el cuerpo.

—Los registros dicen que era evangélica promésica. —El celador manejó con torpeza las correas de la camilla—. ¿Es correcto?

Pero la mirada de Avery había regresado a la cama, y no respondió.

Su tía era tan frágil que el cuerpo había dejado sólo la más leve de las marcas en el colchón de espuma. Era una mujer menuda, pero Avery recordó lo alta y fuerte que le había parecido cuando los servicios sociales del Distrito lo habían depositado ante su puerta; una montaña de amor maternal suplenente y disciplina a los ojos cautelosos de un niño de seis años.

—¿Cuál es su dirección COM? —continuó el celador delgado—. Le informaré del nombre del centro de procesamiento.

Avery extrajo las manos de los bolsillos y las colocó sobre el regazo. El celador bajo y rechoncho reparó en que los dedos se cerraban en puños, y tosió; una señal a su compañero de que aquél sería un buen momento para marcharse. Los dos hombres movieron la camilla adelante y atrás hasta que apuntó hacia la salida del dormitorio, luego la condujeron traqueteanando ruidosamente por el pasillo y salieron del apartamento.

A Avery le temblaban las manos. Su tía había estado mal durante algún tiempo, pero en la correspondencia COM más reciente que habían mantenido, ella le había dicho que no se preocupara. Al oír eso, él había querido coger un permiso lo antes posible, pero su CO le había ordenado que liderara una misión más. «Maldita sea para lo que le sirvió a nadie», maldijo. Mientras su tía se moría, él estaba sujeto a un Hornet, describiendo círculos sobre el Jim Dandy, allá en Tribute.

Se levantó de un salto del asiento, fue a toda prisa hacia las bolsas de lona y sacó una de las botellas de ginebra del *duty-free*. Cogió la chaqueta azul marino del uniforme y metió el

frasco de cristal en un bolsillo interior. Al cabo de un momento, salió por la puerta del apartamento.

—El Perro y el Poni —preguntó al ordenador de recepción mientras bajaba al vestíbulo—. ¿Funciona aún?

—Está abierto todos los días hasta las cuatro de la mañana —respondió el ordenador a través de un pequeño altavoz en el panel de selección de planta del ascensor—. Las señoras no pagan el cubierto. ¿Pido un taxi?

—Caminaré.

Desenroscó el tapón de la botella de ginebra y tomó un generoso trago. Luego añadió para sí: «Mientras pueda».

La botella sólo duró una hora. Pero fue fácil encontrar otras, a la vez que una noche bebiendo se convirtió en dos, luego en tres. Agallas, Rebote, Peligro para los Neumáticos: nombres de clubes llenos de civiles ansiosos por obtener el dinero de Avery pero no los relatos con voz pastosa de cómo lo había ganado; salvo por una chica en un escenario poco iluminado de un tugurio cerca de la calle Halsted. La guapa pelirroja era tan buena fingiendo escuchar que a Avery no le importó fingir que ello no tenía nada que ver con lo a menudo que golpeaba su chip de crédito contra el enojado lector que la joven llevaba en el ombligo. El dinero atrajo su piel pecosa, olor y sonrisa indolente más cerca, hasta que una mano áspera cayó sobre el hombro de Avery.

—Vigila las manos, soldadito —advirtió un gorila, la voz alzada por encima de la música atronadora del club.

Avery apartó la mirada de la muchacha, que tenía la espalda arqueada muy por encima del escenario. El gorila era alto, con una tripa considerable que el ajustado jersey de cuello alto apenas podía contener; los fuertes brazos estaban rellenos de una engañosa capa de grasa. Avery encogió los hombros.

—He pagado.

—No para tocar. —El gorila hizo una mueca despectiva que dejó al descubierto dos incisivos de platino—. Éste es un establecimiento de categoría.

Avery alargó el brazo hacia una pequeña mesa redonda entre sus rodillas y el escenario.

—¿Cuánto? —preguntó, alzando el chip de crédito.

—Quinientos.

—¡Vete a la mierda!

—Como dije. Categoría.

—Ya he gastado mucho... —refunfuñó Avery.

El salario que le pagaba el UNSC era modesto..., y la mayor parte había servido para ayudar a mantener el apartamento de su tía.

—¿Ah, lo ves?

El gorila señaló a la chica con un pulgar. Ésta se deslizaba lentamente hacia atrás sobre el escenario; la sonrisa convertida en una mueca preocupada.

—Tienes que hablar con amabilidad, soldadito. —El hombretón oprimió con más fuerza el hombro de Avery—. Ella no es una de esas fulanas Innies a las que estás acostumbrado, allá en Epsi.

Avery estaba harto de la mano del gorila. Estaba harto de que lo llamasen soldadito. Pero ¿que un civil de mala muerte lo insultara; alguien que no tenía ni idea de a qué se había acostumbrado realmente en el frente de la Insurrección? Eso fue la gota que colmó el vaso.

—Suéltame —gruñó Avery.

—¿Vamos a tener un problema?

—Todo depende de ti.

El gorila se llevó la mano libre a la espalda y sacó una vara de metal del cinturón.

—¿Por qué no salimos fuera tú y yo?

Con un veloz movimiento de muñeca, la vara dobló su longitud y mostró una punta electrificada.

Era un aturdidor «doblegador». Avery había visto a interrogadores de la ONI arremeter contra prisioneros Innies con tales cosas, de modo que sabía lo «convincientes» que eran, y si bien dudaba que el gorila fuera tan hábil con el doblegador como un secreta de la ONI, no tenía intención de acabar retorciéndose en un charco de su propia orina en el suelo de aquel establecimiento... de categoría.

Avery alargó la mano hacia su bebida, que descansaba en el centro de la mesa.

—Estoy bien justo aquí.

—Oye, cabeza bote hijo de...

Pero el ademán de Avery era sólo un amago. Cuando el

gorila se inclinó al frente para seguir su movimiento, Avery agarró la muñeca del hombre y tiró de ella por encima de su hombro. Luego hizo fuerza hacia abajo, partiéndole el brazo a la altura del codo. La chica del escenario gritó mientras el hueso astillado se abría paso a través del jersey del gorila y le salpicaba de sangre la cara y el pelo.

Al mismo tiempo que el gorila aullaba y caía de rodillas, dos de sus colegas —con una complexión y vestimenta similares— avanzaron como una exhalación, derribando sillas para abrirse camino. Avery se levantó y se dio la vuelta para enfrenarse a ellos, pero estaba más borracho de lo que había pensado y no vio un golpe inicial al puente de la nariz que le lanzó la cabeza atrás violentamente y envió su propia sangre hacia el escenario describiendo un arco.

Avery retrocedió tambaleante hasta los brazos demoleedores de los gorilas. Pero cuando lo sacaban a toda prisa por la puerta posterior del club, uno de ellos resbaló en la escalera de metal que daba al callejón. En aquel momento, Avery consiguió liberarse con una violenta torsión, propinar más golpes de los que recibió, y alejarse con paso inseguro del ruido de las sirenas que acudían antes de que un par de coches azules y blancos depositaran a cuatro miembros de la fuerza pública del Distrito en la puerta del club.

Dando traspies por las atestadas aceras de la calle Halsted, con el uniforme tan mugriento ahora como un traje de combate, Avery huyó de la paranoia de miradas acusadoras a un sucio y angosto pasadizo bajo un contraescalón con remaches para la línea maglev local; un soporte reutilizado del antiguo metro elevado de Chicago, reconocible aún a pesar de siglos de apuntalamiento. Avery metió una bolsa de plástico verde de basura entre él y el contraescalón y se sumió en un sopor intermitente.

«Haz que esté orgullosa. Haz lo correcto.» Éstas habían sido las instrucciones de su tía el día que se había alistado, los dedos pequeños pero fuertes alzándose para coger la barbilla de su sobrino de diecinueve años. «Convértete en el hombre que sé que puedes ser.»

Y Avery lo había intentado. Había abandonado la Tierra dispuesto a combatir por su tía y los que eran como ella: ino-

centes cuyas vidas el UNSC lo había convencido de que estaban amenazadas por hombres hostiles pero, por otra parte, idénticos a él. Asesinos. Innies. El enemigo. Pero ¿dónde estaba el orgullo? ¿Y en qué se había convertido él?

Sonó con un muchacho asfixiándose en los brazos de una mujer con un detonador; imaginó el disparo perfecto que habría salvado a todas las personas del restaurante y a sus camaradas marines. Pero en lo más profundo sabía que no había un disparo perfecto. Ninguna bala mágica que pudiera detener la Insurrección.

Sintió un escalofrío que lo despertó con una sacudida. Pero tan sólo era que el casi silencioso retumbo de un tren maglev de pasajeros había hecho que la bolsa de basura se moviera, colocando la espalda de Avery contra el sudoroso metal del viejo soporte.

—Lo siento —dijo con voz ronca, deseando que su tía estuviese viva para oírlo.

Luego, su mente se desplomó bajo el peso multiplicado de la pérdida, la culpa y la rabia.

El teniente Downs cerró de golpe la puerta de su turismo azul oscuro con fuerza suficiente para hacer que el vehículo se balanceara sobre las cuatro ruedas. Había tenido al chico enganchado, listo para alistarse. Pero entonces los padres se habían enterado de sus esfuerzos, y todo el asunto se había ido al traste. De no haber sido por el uniforme de Downs, el padre podría haber intentado pegarle. Aunque ya no seguía en forma como cuando estaba en el campo de batalla, con el uniforme azul, el reclutador del cuerpo de marines del UNSC ofrecía aún una presencia imponente.

Mientras el teniente reordenaba su lista mental de posibilidades —el pequeño grupo de hombres, principalmente jóvenes, que habían mostrado algún interés en sus visitas no solicitadas y discursitos por las esquinas—, se recordó que no era fácil reclutar soldados en tiempo de guerra. Con una guerra tan brutal e impopular como la Insurrección, su tarea era casi condenadamente imposible. Aunque no es que a su CO le importase. La cuota de Downs era de cinco marines nuevos

por mes. Faltando menos de una semana, no había pescado ni uno.

—Esto tiene que ser una broma...

El teniente hizo una mueca mientras rodeaba la parte posterior del coche. Alguien había usado un bote de pintura en aerosol de color rojo para garabatear INNIES A LA CALLE en el grueso parachoques del vehículo.

Downs se pasó una mano por el pelo cortado al rape. Era una consigna cada vez más popular —una llamada a cerrar filas de los ciudadanos más liberales del mundo central, que creían que el mejor modo de poner fin a la matanza en Epsilon Eridanus era sencillamente permitir que el sistema marchara—; apartar a los militares y dar a los Insurrectos la autonomía que deseaban.

El teniente no era un político. Y si bien dudaba que la jefatura de la UN apaciguara alguna vez a los Innies, sí que sabía unas cuantas cosas: la guerra continuaba, el cuerpo de marines era un fuerza compuesta toda ella por voluntarios, y él sólo tenía unos pocos días para cubrir su cuota antes de que alguien con muchos más galones que él le diera otra patada a su ya bien castigado culo.

El teniente abrió el maletero del coche y sacó su gorra y un maletín. Mientras el maletero se cerraba automáticamente tras él, marchó a largas zancadas en dirección al centro de reclutamiento, un local reconvertido en un pequeño centro comercial cerca de la parte norte del viejo Chicago. Cuando llegaba a la puerta, Downs advirtió que había un hombre desplomado contra ella.

—48789-20114-AJ —farfulló Avery.

—Dígalo otra vez —preguntó Downs.

Conocía un número de serie del UNSC cuando lo oía. Pero el teniente no había acabado de aceptar que el borracho que había fuera de su oficina fuese el sargento mayor del cuerpo de marines que indicaban los cuatro galones dorados de la manga de la mugrienta chaqueta de uniforme.

—Es válido —dijo Avery, alzando la cabeza del pecho—. Compruébelo.

El teniente se envaró. No estaba acostumbrado a recibir órdenes de un suboficial.

Avery eructó.

—He estado ausente sin permiso. Setenta y dos horas.

Aquello captó la atención de Downs. Abrió el maletín, sosteniéndolo en el brazo doblado, y cogió su placa de datos COM.

—Deme su número una vez más —pidió, entrando el número de serie que Avery repetía despacio con veloces golpes del dedo índice.

Pocos segundos más tarde, el historial de servicio de Avery aparecía en la pantalla. Los ojos del oficial se abrieron de par en par cuando una larga hilera de menciones meritorias y distinciones en el campo de batalla cayó en cascada por la pantalla monocromática. ORION, KALEIDOSCOPE, TANGLEWOOD, TREBUCHET. Docenas de programas y operaciones, de la mayoría de las cuales Downs no había oído hablar nunca. Adjunto al archivo de Avery había un mensaje de prioridad absoluta del FLEETCOM, el cuartel general de la Armada y el cuerpo de marines en Reach.

—Si estás ausente sin permiso, no parece importarle a nadie. —Downs volvió a guardar la placa de datos COM en el maletín—. De hecho, me complace informarte de que tu solicitud de traslado ha sido aprobada.

Por un momento, los ojos cansados de Avery centellearon suspicaces. No recordaba haber solicitado un traslado. Pero en su actual estado de embriaguez, cualquier cosa sonaba mejor que ser embarcado de vuelta a Epsilon Eridanus. Sus ojos se ensombrecieron una vez más.

—¿Adónde?

—No lo dice.

—Mientras sea tranquilo... —rezongó Avery.

Dejó que la cabeza volviera a apoyarse contra la puerta del centro de reclutamiento; justo entre las piernas de un marine en uniforme de combate completo de un póster pegado en la puerta en el que se leía: LEVÁNTATE. PELEA. SIRVE. Avery cerró los ojos.

—¡Eh! —dijo Downs con brusquedad—. No puedes dormir aquí, marine.

Pero Avery ya roncaba. El teniente hizo una mueca, alzó uno de los brazos de Avery sobre su hombro, y lo transportó al asiento trasero de su coche.

Mientras salía del pequeño aparcamiento del centro comercial y penetraba en el denso tráfico del mediodía, se preguntó si atrapar a un solo héroe de guerra ausente sin permiso equivalía a fichar a cinco reclutas sin experiencia; si sería suficiente para mantener contento a su CO.

—Puerto espacial de Great Lakes —ordenó a su coche—. La ruta más rápida.

Mientras un mapa holográfico hacía aparición sobre la superficie interior del parabrisas curvo del vehículo, Downs movió la cabeza con incredulidad. «Si al menos pudiera tener esa suerte.»